

RELIGIÓN Y ECONOMÍA

RELIGIÓN Y ECONOMÍA

POR LUCAS BELTRÁN FLÓREZ

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios."

MATEO, XXII, 21.

Bienestar material y orden moral

La Iglesia se interesa por el bienestar de sus miembros y de los hombres en general. En primer lugar, por su bienestar material: no puede menos que desear que nadie sufra hambre, frío ni desamparo. Pero, además, la Iglesia sabe que para la mayoría de los hombres un bienestar mínimo es necesario para la rectitud moral. Es cierto que algunas almas escogidas han buscado voluntariamente la pobreza más rigurosa, y en medio de ella han sido un ejemplo de virtudes heroicas. También lo es que a otras que no buscaron la pobreza, ésta les vino impuesta por las circunstancias y fue aceptada generosamente, y las privaciones y escaseces no fueron motivo para que se apartaran de la senda del deber y de la virtud. Pero todo esto fue —lo hemos dicho— para almas escogidas; para la gran mayoría de los mortales, las privaciones propias y el espectáculo de las privaciones de sus seres más queridos son obstáculos, casi siempre insuperables, a la práctica de la virtud. El hombre pobre y enfermo, el obrero sin trabajo, si sus circunstancias perduran cierto tiempo y sobre todo si contempla a su esposa e hijos hambrientos, en una vivienda sórdida, es improbable que acepte el orden social ni se someta resignadamente a la voluntad divina. Por todas estas razones, los pensadores cristianos y las autoridades eclesiásticas tradicionalmente han dedicado reflexión y normas prácticas al intento de mejorar la condición material de los hombres.

Ya en el Evangelio se menciona la obligación que tenemos todos de utilizar las facultades que Dios nos concedió para lograr resultados que signifiquen una mejora del mundo. Recordemos la impresionante parábola de los talentos (SAN MATEO XXV, 14 a 30):

(El Reino de los Cielos) «es también como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio, el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: "Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado". Su señor le dijo: "¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor". Llegándose también el de los dos talentos dijo: "Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes dos que he ganado". Su señor le dijo: "¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor". Llegándose también el que había recibido un talento dijo: "Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo". Mas su señor le respondió: "Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su talento y dáselo al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrará; pero al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Como todos los textos evangélicos, éste es susceptible de muchas interpretaciones y comentarios. Pero parece claro que una de las interpretaciones es la censura de la pobreza, la timidez o los escrúpulos que frenan la aplicación de las aptitudes humanas a la mejora de las condiciones espirituales y materiales del mundo.

San Pablo en sus epístolas afirmó reiteradamente la obligación de todos de trabajar a fin de proveer a su propio sustento y no ser una carga para los demás. Cita su propio ejemplo, que hacía compatible la predicación de la fe con el trabajo corporal. En la primera epístola a Timoteo (V, 8), dice: «Quien

no mira por los suyos y en particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es un descreído». Y en la epístola a los efesios (IV, 28): «El que robaba, que ya no robe, sino que trabaje con sus manos, haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad».

¿Un programa económico concreto?

Pero el cristianismo no ha tenido nunca un programa económico concreto. Se diferencia en esto del judaísmo y del mahometismo. Tanto la Ley mosaica como el Corán contienen normas que aspiran a regular la vida económica de los que aceptan sus principios religiosos. El cumplimiento de estas normas no ha sido nunca perfecto y en los últimos siglos lo ha sido cada vez menos. No obstante, los esfuerzos de las autoridades para imponer tal cumplimiento han perdurado hasta hoy; prueba de ello es, por ejemplo, en el mahometismo, la voluntad de mantener la prohibición del pago de intereses por los préstamos de dinero y los subterfugios a que se ven obligados los bancos árabes para poder desarrollar su actividad. En tiempos de mayor vigencia de los principios religiosos, en los países musulmanes el pago de intereses de dinero se persiguió con mayor rigor.

Unos cuantos pasajes evangélicos ponen de manifiesto este carácter del cristianismo. «Mi reino no es de este mundo» (SAN JUAN XVIII, 36). «Lo del César devolved sólo al César, y lo de Dios a Dios» (SAN LUCAS XX, 25). «Pero Jesús le respondió: ¡Oh, hombre!, ¿quién me ha constituido a mi juez o repartidor entre vosotros?» (SAN LUCAS XII, 13 y 14). El alcance e interpretación de tales sentencias y de otras que podrían citarse se ha discutido y seguirá discutiéndose, pero no cabe duda de que significan una renuncia de la autoridad religiosa a regir todos los detalles de los procesos políticos, sociales y económicos.

Parece claro que un programa económico concreto no sería conveniente para la Iglesia. Imaginemos por un momento que en cada uno de los veinte siglos de su historia hubiera querido tenerlo y lo hubiera elaborado. En el siglo siguiente (y probablemente antes) el programa habría quedado anticuado y habría sido necesario reemplazarlo por otro: las circunstancias políticas, económicas, sociales y técnicas se habrían modificado tanto que el programa anterior se habría hecho inaplicable.

La Iglesia puede y debe dar, en cada momento de la historia, orientaciones morales de carácter general sobre la actividad económica. Y las ha dado. Otra cosa estaría cargada de dificultades y peligros. Hoy redactar un programa económico concreto exigiría una gran cantidad de conocimientos no sólo económicos, sino también sociales, políticos, tecnológicos. Si fuera

aceptado por amplios sectores de la población y se aplicase, podría dar malos resultados inmediatamente, y el descrédito recaería sobre la Iglesia. Aún en el caso de que sus resultados inmediatos fueran buenos, con el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias, su aplicación empezaría a tener malas consecuencias y éstas y los debates violentos que se suscitarían menoscabarían, sin duda, el respeto a las ideas y normas religiosas.

El recuerdo del proceso de Galileo debería ser una defensa constante contra la tentación de las autoridades religiosas de pronunciarse autoritariamente en materias extrañas a su competencia.

Distribución y creación de riqueza

En el lenguaje de muchos autores que tratan de solucionar los problemas económicos está con frecuencia implícita, aunque confusa, la idea de que la cantidad de riqueza que hay en un país o en el mundo es fija y que se trata de distribuirla de la manera más equitativa posible. Es la que podemos llamar mentalidad de ciudad sitiada, en la que el problema que se plantea es que la limitada cantidad de agua o de harina de que se dispone ayude a satisfacer con igualdad, aunque no plenamente, las necesidades de todos.

Pero el problema real no sólo del mundo moderno, sino también del mundo de siempre es distinto: se trata ante todo de procurar que la riqueza aumente, que los hombres dispongan cada vez de mayores cantidades de alimentos, de vestidos, de viviendas, de medicinas y de medios de cultura. Y a lo largo de la historia, en la mayor parte de los países, se ha ido avanzando en este camino.

A veces se ha supuesto (también de manera más o menos confusa) que el avance ha tenido lugar solamente en los últimos siglos. Keynes, con sorprendente rotundidad, expresó esta idea en su artículo: *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, escrito en 1930, e incluso en sus *Essays in Persuasion*, publicados al año siguiente. Dice allí:

«Desde los tiempos más antiguos de que tenemos noticia —digamos desde dos mil años antes de Jesucristo— hasta el principio del siglo XVIII, no hubo gran cambio en el nivel de vida del ciudadano medio que vivía en los centros civilizados de la Tierra» (1).

Esta afirmación es errónea. El proceso técnico y el progreso económico han sido ininterrumpidos en los últimos cuatro mil años. La Edad Media, considerada con frecuencia como un período de estancamiento, fue, por el

(1) Obras completas, Vol. IX, p. 322.

contrario, un tiempo de descubrimientos y mejoras constantes. Hemos oído decir a un distinguido historiador de la economía que habría sido un acierto tecnológico aplicar las palabras «revolución industrial» a la Edad Media. Es probable que en la mayor parte de Europa los siglos que van del cuarto al séptimo fuesen de retroceso económico a causa del desmoronamiento político del Imperio Romano. Pero a partir del siglo octavo el movimiento ascendente se reanudó.

Pero hay más: dos mil años antes de Jesucristo, en las cunas de la civilización, en Egipto, en Mesopotamia y en China, los inventos de toda clase con aplicación a la agricultura, a la industria, al comercio, a la organización de las empresas, a la navegación, a la administración de las entidades públicas, se sucedieron sin interrupción y determinaron una mejora del nivel de vida de la población. Esta mejora ha sufrido oscilaciones debidas a guerras, a revoluciones, a pestes, etc., pero a largo plazo se ha mantenido.

Es cierto, sin embargo, que en los siglos xvii y xviii, y sobre todo después de 1776, en que se publicó, *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, los descubrimientos técnicos se hicieron más frecuentes y más importantes, y el bienestar general aumentó con más rapidez y se extendió a capas de la población cada vez más amplias. Tras los estudios de historia económica de las últimas décadas, todo esto es tan evidente que creemos que nadie dudará de ello.

Es considerable la importancia de los descubrimientos técnicos, del ahorro y de la inversión y de un nivel cultural más elevado en el aumento de la riqueza y del bienestar. En el siglo xviii las diferencias internacionales de rentas eran muy elevadas y con frecuencia iban unidas a diferencias en el *status* político y social de la población: los nobles tenían casi siempre ingresos superiores a los de las personas que no gozaban de tal condición; dentro del grupo formado por estas últimas, había también notables diferencias de rentas, asociadas muchas veces a diferencias de fuerza política. En algunas mentes esclarecidas surgió la idea de suprimir o reducir todas estas diferencias, las de sangre, las de poder político, las de riqueza. En términos generales, esta idea se encarnó en la Revolución Francesa. Supongamos que el triunfo de ésta hubiese sido completo no sólo en su país de origen, sino también en todos los del mundo: que en todas partes se hubiera establecido la perfecta igualdad humana y política de los ciudadanos y una aproximada igualdad económica. Y que en el orden técnico no hubiera ocurrido nada o casi nada. ¿Qué se habría logrado?

Algo, pero no mucho. En el siglo xviii el mundo era todavía muy pobre, a pesar del progreso constante de los cuatro mil años anteriores. La

redistribución de las rentas en todos los países habría aliviado los casos de miseria más aguda, pero habría dejado a todos con unos ingresos bajos, con un nivel de vida muy poco satisfactorio.

Afortunadamente, al mismo tiempo que tenía lugar el proceso democrático y liberalizador (con lentitud, tropiezos y retrocesos y todavía no completado hoy), una serie de inventos técnicos hacía posible producir más bienes con una misma cantidad de trabajo humano: permitían que la tierra produjera, con el mismo esfuerzo, una mayor cantidad de alimentos; que mejores máquinas produjeran más vestidos; que las viviendas fueran más confortables; el descubrimiento de nuevas medicinas mejoró la salud y alargó la vida humana. Gracias a todo esto, las clases modestas de los países europeos tienen hoy un nivel de vida mucho más elevado que el que habrían logrado con sólo un proceso redistribuidor e igualitario no acompañado por el progreso técnico, el ahorro, la inversión de capitales y una mayor cultura de hombres y mujeres.

El crecimiento de la riqueza producido por estos factores exige esfuerzos y sacrificios, pero no puede decirse que sea difícil. Prueba de ello es lo ocurrido en los países nuevos. A principios del siglo xviii, los EE.UU., Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la República Argentina eran naciones con poca población y muy poca riqueza; en los últimos doscientos cincuenta años, su capacidad para producir bienes ha aumentado prodigiosamente; bienes que satisfacen las necesidades humanas y permiten una vida mejor en todos los sentidos.

La población mundial crece rápidamente. Se calcula que a mediados del siglo xvii estaba comprendida entre 400 y 500 millones. Una población que aumenta con rapidez no puede mantener (y mucho menos elevar) su nivel de vida si su producción de bienes no crece con el mismo ritmo; sin tal crecimiento, las medidas redistribuidoras servirían de poco; el incremento de la producción es un imperativo.

La importancia del empresario

En este aumento de la producción, la función empresarial tiene influencia decisiva. Los tres factores de la producción que distinguen los tratados de economía —la tierra, el capital y el trabajo— han de combinarse para producir bienes de capital, artículos semimanufacturados y nuevos bienes de capital. Las combinaciones no son arbitrarias, han de tomar formas adecuadas y la determinación de las mismas tiene la mayor importancia. Es obra de los empresarios.

En su discurso de 22 de mayo de 1983, a los empresarios y ejecutivos de Milán, JUAN PABLO II dijo:

«El grado de bienestar que la sociedad disfruta hoy sería impensable sin la figura dinámica del empresario, cuya función consiste en organizar el trabajo humano y los medios de producción a fin de generar los bienes y servicios necesarios para la prosperidad y el progreso de la comunidad.»

Y en un discurso anterior, el de 7 de noviembre de 1982, en Barcelona, el Papa había dicho:

«Permitidme ahora, queridos trabajadores y trabajadoras, que dirija mi palabra a otra clase de trabajadores de España: los empresarios, industriales, altos dirigentes, consejeros cualificados de la vida socio-económica y promotores de complejos industriales.

Saludo y rindo honor en vosotros a los creadores de puestos de trabajo, empleo, servicios y enseñanza profesional; a todos los que en esta querida España dan trabajo y sustento a una gran muchedumbre de trabajadores y trabajadoras. El Papa os expresa su estima y gratitud por la alta función que cumplís al servicio del hombre y de la sociedad. También a vosotros anuncio el Evangelio del trabajo.

El mundo económico —lo sabéis bien— está sufriendo desde hace tiempo una gran crisis. La cuestión social de un problema de clases se ha transformado en un problema mundial. La evolución de las fuentes de energía y la incidencia de fuertes intereses políticos en este campo ha creado nuevos problemas, provocando la puesta en duda de ciertas estructuras económicas hasta ahora consideradas indispensables e intocables y haciendo cada vez más difícil su dirección.

Antes tales dificultades, no vaciléis; no dudéis de vosotros mismos, no caigáis en la tentación de abandonar la empresa, para dedicaros a actividades profesionales egoístamente más tranquilas y menos comprometedoras. Superad estas tentaciones de evasión y seguid valientemente en vuestro puesto, esforzándoos en dar cada vez un rostro más humano a la empresa, pensando en la gran aportación que ofrecéis al bien común cuando abris nuevas posibilidades de trabajo.»

Colectivismo y economía de mercado.

Un grupo de hombres, una comunidad económica, puede organizar los procesos de producción, distribución y consumo de bienes con muchos sistemas. Los principios que inspiran tales sistemas son el colectivismo y la

economía de mercado. Con arreglo al primero, la autoridad política organiza y dirige estos procesos: ordena a cada miembro del grupo lo que tiene que hacer, dispone el paso de los bienes en vías de producción de unas a otras manos, y decide quién consume los bienes acabados. En la economía de mercado son los particulares los que deciden qué bienes van a producir, qué técnicas utilizarán para ello, en qué forma y con qué condiciones los intercambiarán y quién los consumirá. La terminología para designar estos dos principios varía: al primero se le ha llamado también economía centralizada, dirigida o planificada, comunismo y socialismo; al segundo, libertad de empresa, economía liberal, liberalismo, *Laissez-faire*, etc. Hemos escogido los términos que nos han parecido más claros, frecuentes y libres de connotaciones políticas.

Sistemas económicos inspirados plenamente por uno solo de estos dos principios no se dan en la realidad, ni se han dado nunca, ni pueden darse. Tal vez podríamos decir que el colectivismo puro ha existido aproximadamente algunas veces en agrupaciones humanas pequeñas: en las familias patriarcales del Antiguo Testamento, en un monasterio medieval o en una familia de un pueblo salvaje y primitivo. En estas comunidades la autoridad puede dirigir todos los procesos económicos, ordenar las actividades de todos los miembros y el consumo de cada uno de ellos. Esto sólo es posible si el número de éstos no pasa de unas pocas docenas. Y casi siempre el grupo humano obtiene algunos bienes por intercambio con otros grupos, mediante los métodos de la economía de mercado. Cuando el grupo humano consta de varios millones, por ejemplo en un Estado moderno, el colectivo puro es impensable: la autoridad política no puede conocer todos los procesos de producción y regularlos; tiene que utilizar, con mayor o menor extensión, elementos procedentes de la economía de mercado.

Tampoco esta última puede darse en forma pura. Un grupo humano no puede existir sin una autoridad, y la presencia de ésta exige por lo menos impuestos o aportaciones de los hombres y mujeres del grupo para proveer al sostenimiento de la autoridad política y de sus agentes. Casi necesariamente la autoridad ha de ejercer funciones como la defensa contra enemigos exteriores, la administración de justicia y algunas formas de regulación de la economía. Todo ello supone también impuestos y aumenta el grado de intervención estatal.

Lo que la realidad nos ha ofrecido siempre y sigue ofreciéndonos hoy son formas mixtas de organización económica, con elementos de colectivismo y de economía de mercado. En los momentos actuales solemos llamar comunistas a los Estados en que predomina la dirección central por la

autoridad política, y Estados con economía de mercado a aquéllos en que ésta es más importante que la dirección central. Pero dentro de cada uno de los dos grupos, la importancia relativa de los dos principios es variable: los elementos de economía de mercado son más fuertes en Yugoslavia que en Rusia, y más en EE.UU. que en Grecia.

Vamos a resumir en forma esquemática, y por tanto imperfecta, los argumentos más importantes que se han formulado en favor y en contra del colectivismo y de la economía de mercado. Aquí entenderemos por colectivismo no una organización social inspirada sólo por este principio —que ya hemos dicho que no existe ni puede existir, cuando el número de sus miembros pasa de unas docenas—, sino una en que este principio predomine. Es decir, un país como Rusia o Bulgaria en el que el Gobierno trata de dirigir las líneas generales de los procesos económicos, aunque para muchos de ellos utiliza elementos de economía de mercado. En estos países hay empresarios que deciden sobre el funcionamiento de sus empresas, y contratan con trabajadores que pueden escoger entre varias actividades, hay dinero, bancos, fábricas, empresas, mercados, precios, cuyo carácter no es del todo distinto del que estas instituciones tienen en las naciones occidentales; y hay, desde luego, grandes diferencias entre las rentas de los ciudadanos.

Pues bien, los defensores de esta forma de organización económica sostienen que es la mejor posible y la inspirada en criterios de racionalidad. El Gobierno conoce los factores de producción de que el país dispone y las necesidades de la población. Puede organizar los primeros en la forma técnicamente más conveniente para obtener la producción más elevada y más apta para satisfacer las necesidades de la población de la manera más plena posible. Y no solamente más plena, sino también más equitativa, es decir, tratando a todos los ciudadanos con igualdad, atendiendo con preferencia las necesidades más perentorias y recompensando los méritos o servicios excepcionales prestados a la colectividad.

Los adversarios del colectivismo afirman que todos estos razonamientos no tienen nada que ver con la realidad. El conocimiento que el Gobierno tiene de los factores de producción del país y de las necesidades de la población es incompleto e imperfecto. Un conocimiento completo no lo tiene nadie ni puede tenerlo; consistiría en una información muy extensa y variadísima que no está recogida en ningún sitio: los talentos, aptitudes físicas e intelectuales de todos los ciudadanos; las condiciones de todas las tierras y sus posibles usos alternativos; las circunstancias de todos los edificios, fábricas, vías de comunicación, todas las técnicas de producción y las posibilidades de

variarlas y combinarlas; las necesidades y los gustos de todos los hombres y mujeres.

Un país, con todos los recursos de que dispone, puede producir una infinita variedad de combinaciones de bienes acabados. ¿Cuál de ellas escogerá el Gobierno?, ¿cómo?, ¿con qué criterios? Las técnicas pueden variar también hasta el infinito. ¿Cuáles serán las escogidas? En la economía de mercado, los precios son la guía que orienta la producción, pero en los Estados colectivistas no hay precios propiamente dichos; lo que en ellos se llama precios son fruto, por lo menos en buena parte, de decisiones administrativas y no pueden ejercer una función orientadora.

Los incentivos para la producción son muy débiles en el colectivismo. La ventaja personal que supone para un empresario o un trabajador realizar bien su tarea es pequeña es posible que el empresario que administra bien su empresa y el obrero que trabaja bien en su puesto obtengan una renta para ellos y para sus familias mayor que la que logran los empresarios y obreros perezosos o negligentes. Pero es posible también que esa ventaja sea pequeña o nula. El trabajador, en cualquier escala, que se limite a cumplir formalmente su obligación, que realice la tarea asignada sin iniciativa y sin entusiasmo, puede perdurar en ella sin ser objeto de castigo y sin sentir estímulo para elevar su productividad.

La concentración en el Gobierno de todas las funciones directivas de la economía es incompatible con la libertad. Hayek ha dicho que el control por el Gobierno de la vida económica significa el control de toda la vida de la nación. Históricamente en todos los países en que se ha implantado el comunismo han desaparecido los derechos del hombre, el respeto a su intimidad y las formas políticas democráticas.

En cambio, siguen diciendo los partidarios de la economía de mercado, en ésta todo es distinto y mejor. En ella el interés personal se pone al servicio de la colectividad. El empresario que produce una mercancía deseada por los consumidores la vende fácilmente y obtiene beneficios; esto le impulsa a estudiar las necesidades y gustos de la población y tratar de satisfacerlos; el trabajador al servicio de una empresa que trabaja bien ve aumentar su remuneración y alejarse el riesgo del despido. El consumidor, representado con frecuencia por el ama de casa, estudia el mercado y procura adquirir la combinación de mercancías que mejor satisfacen sus necesidades y las de su familia; escoge las mercancías que, en relación con sus ventajas, tienen menores precios.

Estos, verdaderos precios de mercado, que reflejan la escasez o abundancia de los factores de producción y de los bienes acabados, orientan la

producción y el consumo. Permiten a los empresarios escoger entre distintos sectores de producción y entre varias técnicas productivas, y a los consumidores, escoger entre varias maneras de satisfacer sus necesidades.

Gracias a la libertad y a los precios, la economía de mercado selecciona los métodos de producción más eficaces, estimula el ahorro personal y dirige las inversiones hacia los sectores más productivos y más solicitados por la demanda. El resultado es una elevación constante de los volúmenes de producción y del bienestar social.

A todo esto replican los adversarios de la economía de mercado que ésta significa la «ley de la selva» como norma central de la vida social y económica, la sustitución del espíritu de colaboración por la lucha entre empresarios y trabajadores y entre empresarios entre sí. La ausencia de una autoridad económica que dirija y oriente la producción hace que aparezcan constantemente excesos y escaseces de producción, crisis, paro forzoso. En el mejor de los casos, los beneficios mayores van a parar a los empresarios más inteligentes, más audaces y más afortunados; en el peor, a los menos escrupulosos. Siempre las diferencias interpersonales de las rentas aumentan: los ricos son cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres.

La invocación a la libertad tan cara a los partidarios de la economía de mercado carece de valor. La libertad que éstos proclaman es una mera «libertad formal»; no sirve de nada a los que en el mercado no encuentran los medios para satisfacer sus necesidades. Los colectivistas contraponen a ella la «libertad material», es decir la libertad en un marco social en el que se ha eliminado por la necesidad económica, aunque para ello haya sido preciso acudir a la coacción utilizando la fuerza del Estado; la «libertad material» es la libertad para obtener los medios destinados a la realización de la propia personalidad. En la economía de mercado hay libertad para los ricos, pero no para los pobres.

Los adversarios del colectivismo replican que en el mundo con libertad —con la llamada «libertad formal»—, las posiciones económicas no son estables y rígidas, sino que varían constantemente. Se trata de un hecho tan conocido y tan importante que cuando leímos el trabajo nos sorprendió que no haya merecido más comentarios.

La mayor parte de los católicos y judíos de EE.UU. es descendiente de emigrantes que llegaron a aquel país en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Cuando esta llegada se inició, las posiciones políticas y económicas habían sido tomadas por los emigrantes anteriores, en su gran mayoría protestantes. Un partidario de la idea de que la libertad tiene poca

importancia cuando las diferencias de fuerza, poder y riqueza son grandes, probablemente habría profetizado en 1870 que católicos y judíos ocuparían siempre una posición subordinada. Sabemos que no ha sido así y que tanto los unos como los otros tienen hoy grandes riquezas y ejercen una influencia política considerable.

Tanto es así que la jerarquía católica se ha visto obligada por el cambio gradual de las circunstancias a variar la orientación de su pastoral: hace un siglo tenía que dirigirse a una población pobre o modesta; hoy ha de hacerlo a personas de todas las clases sociales, entre las cuales figuran las más altas.

Milton Friedman ha insistido sobre el valor práctico de la libertad económica: ha explicado lúcidamente una y otra vez cómo las personas activas y ahorradoras —y más si son inteligentes o tienen aptitudes específicas— pueden mejorar su bienestar y su nivel de vida en los países libres de una forma inasequible cuando la «libertad formal» no existe. Y ha puesto como ejemplo su caso personal. Friedman es hijo de judíos procedentes de Europa Oriental que llegaron a EE.UU. a fines del siglo XIX. Sus antepasados habían vivido varias centurias en países privados de libertad política y económica, sin lograr salir de la pobreza. Los padres de Milton Friedman llegaron a los EE.UU. con poco más que la ropa que llevaban puesta, y en pocas décadas lograron un razonable bienestar, y él mismo un prestigio mundial.

El pensamiento de la Iglesia

Hemos dicho que la Iglesia católica y las demás confesiones cristianas no han tenido ni tienen una doctrina económica concreta y detallada, análoga a la que han tenido, por lo menos en algunas épocas, el judaísmo y el mahometismo. Pero el cristianismo se ha inclinado hacia ciertas soluciones de los problemas sociales y económicos.

Las encíclicas pontificiales y muchos textos de autoridades religiosas, católicas y de otras confesiones cristianas se han opuesto, por lo general, al predominio acentuado de uno de los dos principios de organización económica y social. Podríamos decir que a la Iglesia no le ha parecido bien un sistema en el que la libertad económica fuera ilimitada, en que los beneficios fueran para las personas con más aptitud económica o más suerte, y en que los menos capaces o menos afortunados quedasen en la indigencia. Menos todavía ha aceptado la Iglesia los sistemas económicos inspirados fuertemente por el principio colectivista. Circunstancias históricas, que tal vez podrían no repetirse, hicieron que cuando en 1917 el comunismo

se estableció en Rusia se convirtiera en violento perseguidor del cristianismo y de todas las religiones. Esta situación se ha suavizado con los años, pero esencialmente perdura. Aparte de ella, la Iglesia no puede aceptar la desaparición de la libertad política y humana que acompaña siempre al comunismo. Chateaubriand, el apologista del cristianismo de principios del siglo xx, no estudió los problemas económicos y sus referencias a ellos, en su obra, son prácticamente nulas; no obstante, guiado sin duda por un instinto certero, escribió esta frase luminosa: «No lo dudéis; sin la propiedad individual, nadie es libre. La propiedad no es otra cosa que la libertad». Esta idea está presente en la mente de los pensadores cristianos. Estos, además, aun no habiendo estudiado, por lo general, los problemas económicos con profundidad, no han podido dejar de observar el mayor bienestar social que ha reinado y reina en los países de economía de mercado, en relación con los comunistas. Por ejemplo, han sentido la influencia de lo que se ha llamado «el milagro alemán». En julio de 1948 tuvo lugar en la RFA una reforma monetaria y económica de trascendentales consecuencias. A los tres años de su derrota militar, la situación económica, social y política de aquel país era lamentable: las destrucciones bélicas de viviendas y fábricas habían sido reparadas sólo en parte muy pequeña; millones de fugitivos procedentes de la zona oriental alemana estaban sin hogar y sin trabajo; la inflación iniciada en 1933, con la subida de Hitler al poder, continuaba.

La intervención del Gobierno en la economía era omnipresente: precios de tasa, inferiores a los precios de mercado, para casi todos los artículos; racionamiento de alimentos y otros bienes de consumo; cupos de materias primas y productos semifabricados; obligaciones de comprar y vender; control del comercio exterior, etc. El resultado de estas intervenciones era una organización defectuosa de la producción y una productividad pequeña. No había paro forzoso, pero los salarios eran tan reducidos en relación con los precios a que se podían comprar los artículos de consumo que el nivel de vida resultaba muy bajo.

El ministro de Economía, Ludwig Erhard, preparó una reforma que consistía fundamentalmente en detener la inflación y liberar la producción y distribución de mercancías. Su proyecto suscitó la oposición general: se creía por casi todo el mundo que si la economía alemana funcionaba tan mal con todos aquellos «apoyos», privada de ellos se desplomaría. Pero Erhard siguió adelante con sus ideas: en pocos días creó una nueva unidad monetaria, el *Deutsche Mark*, obligó a cambiar por ella todas las existentes y suprimió la mayor parte de las intervenciones en la vida económica. La nueva moneda se administró con austeridad, es decir, se emitió poco de ella, y para lograrlo se ajustaron los ingresos y los gastos públicos.

El éxito de la reforma fue fulminante y el instinto popular la designó con las palabras «milagro alemán». Algunos se han opuesto a esta expresión, alegando que en economía no hay fuerzas mágicas, pero no parece inadecuada, porque los resultados de la reforma fueron casi instantáneos; los escaparates de las tiendas, antes vacíos, se llenaron de mercancías en pocos días, los precios recobraron su función de reguladores de la economía, los procesos de producción y consumo se racionaron. En los primeros momentos apareció un poco de paro forzoso, que fue reabsorbido en pocos meses. La producción de bienes de toda clase aumentó rápidamente. Los precios se mantuvieron estables.

Un plan generoso de Seguridad Social proporcionó recursos a las personas que no pueden lograrlos en el mercado.

Si el éxito de la reforma fue rápido, también ha sido duradero: tras casi cuarenta años, las líneas esenciales de la política de Erhard perduran. Ha habido pequeñas oscilaciones, pero sus bases, la libertad económica y la generosidad social, han pasado a ser patrimonio de todos los partidos, el Social Demócrata ha corregido su programa para adaptarlo a ellas. El nivel de vida del pueblo alemán ha subido sin interrupción durante cuatro décadas y hoy es uno de los más altos del mundo.

El ejemplo dado por esta reforma y esta política ha encontrado seguidores en todas las naciones. Se ha desarrollado la teoría y la práctica de una nueva doctrina económica y social que recibió el nombre de economía social de mercado. Aunque los límites de las escuelas económicas son borrosos e imprecisos, podríamos decir que esta doctrina acepta el mercado como método para organizar los procesos de producción, cree que los precios formados en un mercado libre y la libertad de empresarios y consumidores para organizar la producción, distribución y consumo de bienes, determinan una renta nacional mayor que la obtenible con métodos de centralización y autoridad. Pero cree también que el mercado no es una institución natural que se baste a sí misma: necesita un marco social en el que pueda funcionar, y el Estado tiene como una de sus misiones esenciales crear este marco. La legislación, la administración y la justicia deben asegurar la libertad y la igualdad jurídica de todos los ciudadanos para producir y contratar. La economía de mercado no podría existir si los que se hubieran obligado a realizar una prestación en el campo económico pudiesen negarse a cumplir su compromiso y nadie les obligase a ello.

Además, la economía social de mercado no cree que la libertad económica, unida al marco institucional que la asegura, sean suficientes para organizar la vida social. Hay un cierto número de personas, no muy elevado, pero tampoco muy reducido, que no logra encontrar a través del mercado los

medios de subsistencia para una vida digna. La enfermedad, la desgracia, los cambios tecnológicos que hacen desaparecer la demanda de trabajadores con cierta especialización, otras modificaciones de la demanda que tienen efecto análogo, los errores más o menos culpables, la pobreza y los vicios, hacen que algunas personas tengan rentas insuficientes o ninguna renta. Los partidarios de la economía social de mercado creen que tales personas deben tener ingresos asegurados por la sociedad; los procedimientos para lograrlo pueden variar y unos autores son partidarios de unos y otros de otros. Pero, en todo caso, los ingresos garantizados han de tener un nivel decoroso: han de ser inferiores a las rentas obtenibles por el trabajo en la profesión correspondiente, pero no considerablemente inferiores; han de permitir un nivel de vida no muy alejado del que las personas de referencia tenían cuando trabajaban. Y tales ingresos han de elevarse a medida que se eleva la renta nacional y, por tanto, los ingresos reales de las personas que trabajan.

Este programa es distinto de los que sostuvieron los economistas conservadores y liberales del siglo pasado. No es cierto (como a veces se ha afirmado con mayor o menor mala intención) que éstos propugnan que las personas que en el mercado no pudieran lograr rentas suficientes para su sostenimiento quedaran abandonadas a la suerte. Los economistas del siglo XIX defendieron la idea de que tales personas fueron asistidas por las entidades benéficas particulares, y cuando éstas no bastaran, por el Gobierno, pero tal asistencia había de ser limitada y módica y concederse con restricciones. La pobreza de los tiempos no permitía mucho más y la generosidad no era grande. La ayuda a los pobres trataba de distinguir entre los que lo eran en virtud de circunstancias desafortunadas y los culpables de su situación por sus vicios y su pobreza.

La moderna economía social de mercado se mueve en otra atmósfera intelectual y moral. El desarrollo económico de los últimos cien años permite una ayuda mucho más amplia a todos los que la necesitan; y las modernas concepciones sociales no admiten que la ayuda se regatee o recorte a los necesitados que lo son a consecuencia de sus desaciertos, sus errores, sus defectos o sus delitos pasados.

Muchos pensadores católicos y cristianos en general están de acuerdo con estos puntos de vista o cerca de ellos. Esto no quiere decir que suscriban un determinado programa, ni ello probablemente sería deseable. Es natural que dentro de la gran familia cristiana haya variedad de opiniones, que en algunos casos llegan hasta el marxismo, pero la mayor parte de sus pensadores se inclinan hacia concepciones próximas a la economía social de mercado.

Los países en vías de desarrollo

Las grandes diferencias entre los niveles de vida de los países ricos y de los países pobres suscitan vivo interés en los cristianos (y en todos los hombres de buena voluntad). ¿A qué se deben tales diferencias? ¿Cómo podrían eliminarse? ¿Qué obligaciones tienen los cristianos para lograr su eliminación?

Al referirse a este problema, se ha empleado la expresión «diálogo Norte-Sur». No parece acertada. Es cierto que la mayoría de los países ricos están situados en el hemisferio Norte, y que gran número de naciones pobres lo están en el hemisferio Sur. Pero las excepciones son numerosas. Australia y Nueva Zelanda, dos de los países con nivel de vida más alto, están en el hemisferio Sur. En cambio, Chad, Etiopía y Afganistán, tres de los más pobres del mundo, están en el hemisferio Norte, y también están en él otros muchos países un poco menos pobres que ellos, como Mauritania, Sudán, Birmania y China. En definitiva, creemos que no se aclara nada con el uso de las palabras Norte y Sur al tratar este problema.

A menudo, los que critican las grandes diferencias internacionales de las rentas utilizan frases como «hay países que viven en la miseria para que otros puedan vivir en la opulencia» u otras análogas, que implican una relación de causalidad entre la situación de cada uno de los dos grupos de naciones. Según esta concepción, más o menos explícita, la miseria de América del Sur, de la mayor parte de África y del sudeste asiático sería consecuencia del bienestar de EE.UU y de Europa.

Pocos esfuerzos intelectuales se han hecho para demostrar tal dependencia, y estos esfuerzos resultan poco convincentes. No tenemos espacio para analizar con profundidad este problema, pero hay ejemplos que sugieren que la dependencia no existe. Dos de los países más pobres del mundo son Etiopía y Afganistán. Pues bien, el primero hasta que en 1935 fue invadido por los italianos, y el segundo hasta que hace una decena de años fue objeto de injerencias soviéticas que han culminado en una invasión, vivieron prácticamente aislados del resto del mundo; no hay manera de atribuir su miseria a las relaciones con países ricos, relaciones prácticamente inexistentes. Con menos rotundidad podría decirse algo parecido de otras naciones muy pobres, tradicionalmente con pocas relaciones con el resto del mundo.

Los países ricos no forman dos grupos distintos y homogéneos. Si ordenáramos todos los Estados del mundo según su renta nacional *per cápita*, obtendríamos una lista sin solución de continuidad, sin saltos bruscos: en ella se iría pasando gradualmente desde el más rico al más pobre; las diferencias entre dos Estados contiguos serían siempre pequeñas.

Hay, pues, en el mundo naciones más o menos pobres, y las causas de sus diferencias de nivel de vida son múltiples: sus recursos naturales (tierras, minas, ríos, mares, climas, etc.), los talentos, aptitudes y salud de su población, los capitales reales acumulados (viviendas, escuelas, fábricas; centrales eléctricas, ferrocarriles, carreteras, etc.), la buena organización política y social, la inteligencia y suerte con que saben evitar guerras y conflictos interiores y exteriores. A los países poco favorecidos en estos campos les es más difícil al canzar rápidamente un nivel de bienestar satisfactorio. No obstante, una política económica inteligente puede conseguir resultados sorprendentes: en los últimos años algunos países en vías de desarrollo han avanzado rápidamente por el camino del bienestar social; esto ha ocurrido, por ejemplo, con Puerto Rico, Corea del Sur, Formosa, Hong-Kong, Singapur, Tailandia y Malasia. Muy recientemente, la India, el gigantesco y conflictivo país, bajo el prudente gobierno de Rajiv Gandhi, está saliendo de su tradicional miseria y empezando a alimentar razonablemente a su numerosa y creciente población.

Sobre la política económica preferible para los países en vías de desarrollo, el artículo de Jürgen Donges «Política de ordenación y desarrollo en cooperación» contiene ideas luminosas. El profesor Donges se inclina por la libertad de empresas para los países en vías de desarrollo. «Una política de desarrollo orientada hacia el mercado resulta ser más eficaz, porque suele resolver mejor el problema de asignación de recursos, que se plantea en cualquier orden económico debido a la escasez relativa de fuerzas productivas y de bienes».

A los argumentos de carácter general a favor del mercado y en contra de la centralización autoritaria, el profesor Donges añade razonamientos específicos referentes a los países en vías de desarrollo. «Precisamente en los países en vías de desarrollo, el mecanismo de dirección a través del mercado presenta grandes ventajas, ya que suelen carecer de estadísticas» detalladas y fiables como para poder establecer unos planes económicos óptimos y suelen tener una administración pública demasiado rudimentaria y propensa a la corrupción como para poder aplicar realmente los planes centrales. En todo caso, cabe ahorrar costes de planificación, debido a que aquellas fuerzas productivas que de otro modo se hubiesen empleado para la elaboración y realización tan improductiva de planes económicos —entre las que figuran, en ocasiones, científicos, ingenieros y maestros bien preparados— están disponibles para actividades que, con seguridad, prometen un mayor rendimiento económico global».

¿Pueden los gobiernos y los ciudadanos de las naciones industrializadas ayudar a los hombres del Tercer Mundo a salir de su pobreza y a disfrutar de

un nivel de vida más elevado? El problema es sencillo. La idea que surge en muchas almas bondadosas e ingenuas, de que la generosidad podría inducir a los habitantes de los países ricos a transferir una parte de sus rentas a los de los Estados pobres, y con ello el problema quedaría resuelto, no es fácilmente realizable. La desaparición de la miseria de las naciones pobres ha de buscarse fundamentalmente en la buena política económica de sus gobiernos, que eleve de forma definitiva su producción de bienes. La caridad internacional como institución permanente no es viable por varios motivos. Sin una buena política económica de los gobiernos de países hoy pobres, las ayudas procedentes del exterior tendrían resultados efímeros. Pero supuesta esta buena política, ¿puede la ayuda de los países más avanzados acelerar el desarrollo de los más pobres? Creemos que sí, aunque autores eminentes, de los que sentimos discrepar, sostengan la opinión contraria.

Peter Bauer y otros economistas afirman que el desarrollo ha de ser fruto del propio esfuerzo y que la ayuda del extranjero significa una injerencia que, a largo plazo, perturba y retarda el desarrollo. En los siglos XVIII y XIX, Inglaterra, Francia, Alemania y Suiza, y en menor escala España, Italia y otros países, se desarrollaron con sus propias fuerzas, es decir, con su trabajo, su ahorro y su inversión. No hay otro modelo válido de desarrollo: los países hoy pobres deberán seguir aquel ejemplo si quieren que sus poblaciones lleguen a vivir mejor.

La ayuda internacional consiste a veces en bienes de consumo, como cereales y otros alimentos. Con frecuencia, éstos se han podrido en los puertos, en los aeropuertos o en las estaciones de ferrocarril de llegada, por falta de medios de transporte y de organizaciones de distribución que los llevaran a los núcleos de población hambrienta. Cuando la ayuda ha consistido en medios financieros, éstos han ido a parar a manos de los gobernantes, políticos y funcionarios, que muchas veces no los han destinado a las finalidades que perseguían los donantes. No han servido para financiar la puesta en cultivo de nuevas tierras, para mejorar los cultivos existentes o para construir las instalaciones industriales modestas que necesita un país en vías de desarrollo. A veces han sido destinados a armamentos, otras a proyectos industriales que los gobernantes creen que dan prestigio; muchos países en vías de desarrollo han tenido y tienen la ambición de poseer una compañía de navegación aérea, una gran central eléctrica y una gran empresa siderúrgica, y estos planes grandiosos se han antepuesto a planes menos vistosos, pero más conducentes a la elevación del nivel de vida. En ocasiones, los fondos financieros de ayuda han ido simplemente a engrosar la fortuna personal de los políticos y de sus amigos.

Peter Bauer y sus seguidores siguen diciendo que la ayuda internacional casi siempre favorece la planificación central en el país que la recibe. La ayuda suele ser de gobierno a gobierno y por esto va a parar a la Administración y a las empresas estatales. No fomenta casi nunca las empresas privadas ni las iniciativas individuales, ni el ahorro y el deseo de trabajar. Las empresas privadas no sólo no suelen recibir ayuda extranjera, sino que se encuentran con la competencia incrementada de las empresas públicas favorecidas por tal ayuda. Las personas de los países asistidos, generalmente relacionadas con el sector público, al cabo de unos años de reiterarse la asistencia, pasan a creer que han adquirido un derecho permanente a ella. Ello les hace olvidar la necesidad del trabajo, del ahorro, de la corrección de conductas equivocadas o deficientes. El resultado final de la ayuda extranjera es la rutina, la pereza, el aumento de la burocracia, la debilitación del espíritu empresarial.

En toda esta argumentación hay una gran parte de verdad que debe ser tomada en cuenta por las personas de buena voluntad que traten de promover u organizar ayudas de los países ricos a los pobres. Pero, no obstante, si estas ayudas se organizan con las debidas precauciones, su balance puede ser altamente positivo.

Hay, en primer lugar, aquellos casos de necesidad de ayuda que exigen socorro urgente, prescindiendo de consideraciones sobre el futuro que no sea el futuro inmediato. Uno de ellos es el que se planteó hace un par de años en Etiopía, donde la trágica combinación de una sequía prolongada, una guerra civil y un gobierno comunista, empeñado en una transformación social radical en medio de aquellas circunstancias, puso a millones de personas al borde de la muerte por inanición. Muchas de ellas sucumbieron efectivamente, pero una ayuda de los Estados europeos con economía de mercado, excepcionalmente generosa y bien organizada, ha podido evitar males mayores y lograr que en los momentos actuales la situación esté relativamente controlada.

Para los casos más frecuentes de subdesarrollo y miseria menos acentuada hay una serie de actuaciones que difícilmente pueden tener un balance satisfactorio. El balance será más favorable cuanto mayor sea la combinación de generosidad y prudencia con que tales actuaciones se lleven a cabo y cuanto más se eviten los riesgos de la ayuda internacional que señalan los críticos de la misma.

Pueden llevarse jóvenes de los países asistidos a estudiar en las universidades y otros centros docentes de las naciones avanzadas. Normalmente, los resultados de estas actuaciones serán muy ventajosos.

Los médicos, empresarios, maestros, juristas, ingenieros, peritos, etc., bien preparados pueden contribuir decisivamente al desarrollo de su país. Existe el peligro de que tras haber realizado sus estudios, los nuevos profesionales no quieran regresar a él y prefieran quedarse a trabajar en el que se han formado o en otro de alto nivel económico. Convendría hacer lo posible para evitar esta «fuga de cerebros», pero esto deberá hacerse sin coartar la libertad personal.

Otra actuación puede ser la creación, en el país asistido, de centros de enseñanza, hospitales, cámaras de comercio e industrias y otras instituciones culturales y económicas. Lo más indicado es que instituciones de los países avanzados creen, sin ánimo de lucro, filiales, sucursales o dependencias en los países en vías de desarrollo.

Otra posible forma de ayuda es la promoción de empresas privadas en los países en vías de desarrollo y el estímulo de las existentes. No es fácil: la existencia de empresas supone una serie de circunstancias poco frecuentes en tales países, pero su eficacia para estimular el desarrollo es difícil de exagerar.

Las organizaciones ecologistas de los países ricos y los particulares y otras instituciones de los mismos pueden cooperar a la conservación de los recursos naturales de los países en vías de desarrollo: aire, agua, bosques, tierra, etc. La cooperación puede consistir en ideas, experiencias o medios financieros.

Las investigaciones privadas, hechas por empresas o particulares de países ricos, con ánimo de ganancia, no pueden, naturalmente, considerarse ayudas, pero, salvo casos excepcionales, significan un gran beneficio para el país en que tienen lugar. Además, con frecuencia estas inversiones van aliadas a las formas de ayuda a que nos hemos referido o a otras análogas: las empresas inversionistas pueden conceder becas a sus trabajadores y a los hijos de los mismos, crear hospitales, instituciones culturales, etc. Pueden también suscitar la aparición de empresas privadas indígenas, como suministradoras, compradoras, productoras de artículos complementarios, etc.

Todas estas formas de ayuda pueden prestarlas los gobiernos, los ciudadanos, las empresas privadas y las instituciones de toda clase de los Estados desarrollados. La ayuda de los gobiernos es la que tiene más inconvenientes. En primer lugar, puede crear una relación de dependencia política con el gobierno que la presta. Pero, sobre todo, puede fomentar en el país ayudado el colectivismo, la burocracia, la rutina y, en definitiva, la pereza y la abulia. En cambio, la ayuda de particulares y empresas e

instituciones privadas puede estimular el espíritu de iniciativa y el amor a la libertad.

Entre las instituciones que pueden suscitar y canalizar la ayuda económica a las naciones en vías de desarrollo y colaborar en ella figuran las entidades religiosas en general y destacadamente las Iglesias cristianas y, sobre todo, la católica. Esto no quiere decir que deban interesarse de manera permanente en empresas comerciales, industriales o financieras: sólo en casos aislados esto será aconsejable. Pero el estudio de los problemas económicos del mundo, la labor de intermediarios en proyectos que prometan ventajas para los países pobres, las relaciones públicas en estas materias, parecen ser tareas muy adecuadas para los sacerdotes y los demás miembros activos de las Iglesias. Ayudar a eliminar en el mundo moderno el hambre, la pobreza, la enfermedad y la ignorancia es una meta que merece la más viva atención de los cristianos.

El lector interesado en estas materias puede consultar la *Revista del Instituto de Estudios Económicos* 1/1986, titulada *Religión y economía*, Madrid, 1986.